

El juicio ¡sólo a Dios, sólo a Él!

“Cuando más se juzga, menos se ama”.

Honoré de Balzac.

Fray Enrique Arenas Molina, OAR
Rector Uniagustiniana

Ambientación

Si nosotros somos tan dados a juzgar a los demás, es debido a que temblamos por nosotros mismos. “No juzguéis a los demás si no queréis ser juzgados” (Mt 7,1). Con el juicio con que juzguéis seréis juzgados. Si el juicio de Dios es la misericordia, ¿con qué derecho puedo juzgar a mis hermanos? Es más fácil juzgar el talento de un hombre por sus preguntas que por sus respuestas.

El ponerse en los zapatos del otro. ¿Esta expresión te parece familiar? Ser empático es ver el mundo a través de los ojos del otro y no ver nuestro mundo reflejado en sus ojos. ¿Qué tanto estás interesado en ayudar a los demás en sus problemas? ¿Sinceramente te importa escucharlos? O mejor aún ¿Te has puesto verdaderamente en los zapatos de los demás al momento de tener una discusión?

Cuando pienso que un hombre juzga a otro, siento un gran estremecimiento. Hay velas que lo alumbran todo, menos su propio candelabro. No se puede corregir a una persona sin amor y sin caridad. No se puede hacer una intervención quirúrgica sin anestesia: No se puede, porque el enfermo morirá de dolor. Y la caridad es como una anestesia que ayuda a recibir la cura y aceptar la corrección. Apartarlo, con mansedumbre, con amor y hablarle.

Pronto se arrepiente el que juzga apresuradamente. No se puede juzgar la vida de un hombre hasta que la muerte le ha puesto término. Como enseña el novelista francés, Honoré de Balzac: “Cuando más se juzga, menos se ama”. Es necesario no decir algo que no es verdad.

Cuántas veces en nuestras comunidades se dicen cosas una persona de la otra que no son verdaderas: Son calumnias. O si son verdad, se arruina la fama de esa persona. Por eso los chismorreos hieren, los chismes son bofetadas al corazón de una persona. Ciertamente, cuando te dicen la verdad no es bonito escucharla, pero si se dice con

caridad y con amor es más fácil aceptarla. Por tanto, se debe hablar de los defectos de los otros con caridad.

A menudo se juzga a los hombres por el crédito de que gozan o por las riquezas que poseen. Juzga a un hombre tanto por sus amigos como por sus enemigos. El Papa Francisco ha explicado que hay que corregir con humildad y misericordia. ¡Si debes corregir un defecto pequeño allí, piensa que los tuyos son mucho más grandes! O como enseña Albert Einstein: “Porque el que se erige en juez de la verdad y el conocimiento es desalentado por las carcajadas de los dioses”. Odio los juicios que sólo aplastan y no transforman.

En general, los hombres juzgan más por los ojos que por la inteligencia, pues todos pueden ver, pero pocos comprenden lo que ven. No tengo derecho a juzgar la vida de los otros. Sólo debo juzgarme a mí mismo y elegir o rechazar en función de mi persona. Es mucho más difícil juzgarse uno mismo que juzgar a los demás. Si logras juzgarte correctamente serás un verdadero sabio. Sólo juzga bien quien sopesa y compara, y cuando pronuncia su sentencia más dura nunca abandona la caridad. El que esté libre de pecado, que tire la primera piedra.

Cuánto cuesta y en su momento no sabemos pedir perdón. Pues la corrección fraterna es un acto para curar el cuerpo. Hay un agujero, ahí, en el tejido de la persona que es necesario coser de nuevo. Y como las madres y las abuelas, cuando cosen, lo hacen con mucha delicadeza, así se debe hacer la corrección fraterna. Si no eres capaz de hacerlo con amor, en la verdad y con humildad, se comete una ofensa, una destrucción del corazón de la persona, se hace un chismorreio más, que hiere y te convierte en un ciego hipócrita, como dice Jesús. “Hipócrita; quita primero la viga de tu ojo” ¡Hipócrita! Reconoce que eres más pecador que el otro, pero que tú, como hermano debes ayudar a corregir al otro.

Al juzgar por los frutos del árbol de tu vida personal, ¿cómo te defines? ¿Falso o verdadero seguidor del Señor? La prolección de Dios es

una lámpara, cuya luz son estas palabras: Sois los frutos de un solo árbol y las hojas de una sola rama, proceded uno con otro con extremo amor y armonía, con amistad y compañerismo.

A continuación, exhibamos estos puntos primordiales tanto del juzgar, ser empático como por sus frutos me conoceréis, para destacar lo que en nuestras vidas significa el amor que es un fruto que madura en todas las estaciones y que se encuentra al alcance de todas las manos.

1. Juzgar es lo que nos derrota
 - a. A través de las ventanas
 - b. Mandato de no juzgar
2. Ser empático: Sentir con los demás
 - a. Mirar con los ojos de otro
 - b. El árbol y sus frutos
3. Dar frutos buenos

El fruto protege la semilla. Sin duda que esa parte de la flor en cuyo interior se encuentran encerradas las semillas que se desarrollarán. De la misma forma que el fruto nace de la semilla, así las acciones nacen de los pensamientos. Cristo quiere ayudar a sacarnos la viga del ojo. Y lo hace de una manera muy sencilla: No juzguéis al modo humano, ‘ojo por ojo, diente por diente’, sino más bien como Él nos enseñó en el Calvario. Perdonando a todos sin excepción.

1. Juzgar es lo que nos derrota

Es hora de dejar de juzgar de forma destructiva y enfocarnos por hacer críticas constructivas, estamos juntos en este viaje llamado vida, ayudémonos unos a otros. Pues, es tan feo juzgar: El juicio ¡sólo a Dios, sólo a Él! A nosotros nos compete el amor, la comprensión, el rezar por los demás cuando vemos cosas que no están bien, si es necesario también hablar con ellos para ponerlos en guardia si algo no parece ir en la dirección correcta. Pero nunca juzgar, nunca, porque si nosotros juzgamos es hipocresía. Amar a los demás en lugar de juzgarlos.

Juzgar se precisa como formar un juicio su opinión sobre algo o alguien, es inferir, pensar o sostener una opinión sobre una persona, es concluir y evaluar para actuar como un dios o un juez. En lugar de juzgar a las personas, necesitamos orar.

Sea curioso, no juzgue. No te preocupes por las opiniones de quienes te juzgan. Eso les está dando una importancia que no tienen. Cuando juzgamos nos colocamos en el lugar de Dios, esto es verdad, pero nuestro juicio es un pobre juicio: Nunca, nunca puede ser un verdadero juicio porque el verdadero juicio es el que da Dios. Y ¿por qué el nuestro no puede ser como el de Dios?; ¿por qué Dios es omnipotente y nosotros no? No, porque a nuestro juicio le falta la misericordia. Y cuando Dios juzga, juzga con misericordia.

No debemos juzgar a las personas por la cima a la que han llegado, sino por el camino que han hecho para llegar.

Quien juzga se pone en el lugar de Dios y haciendo esto se encamina a una derrota segura en la vida porque será correspondido con la misma moneda. Y vivirá en la confusión, cambiando la paja en el ojo del hermano por la viga que le obstruye la vista. Es una invitación a defender a los demás y a no juzgarles. Jesús no juzga a los soldados que lo han golpeado, se han burlado de Él y lo han crucificado. Dice: 'Perdónales, Padre, porque no saben lo que hacen'. Tenía razones para decir lo contrario, sin embargo, sabe encontrar una disculpa: Hacen esto, porque no me conocen.

Después, podría haber reclamado a Juan, que se acercaba a la cruz, su cobardía -le había abandonado-, su amistad tan débil -no había podido rezar con Él cuando lo necesitaba-. Pero en todo eso no ve malicia, sino debilidad humana y muestra de ello es que no reclama, sino que se apiada de su flaqueza y le entrega a su madre. Al final expresa: 'Con el juicio con que juzguéis seréis juzgados'. Cristo nos enseña a usar con los demás la medida con la que a nosotros nos gustaría que nos midieran. ¿Quién puede juzgar sino sólo Dios? Y si

el juicio de Dios es la misericordia, ¿con qué derecho puedo juzgar a mis hermanos?

Jesús dijo a sus discípulos:

“

No juzguen, para no ser juzgados. Porque con el criterio con que ustedes juzguen se los juzgará, y la medida con que midan se usará para ustedes. ¿Por qué te fijas en la paja que está en el ojo de tu hermano y no adviertes la viga que está en el tuyo? ¿Cómo puedes decirle a tu hermano: ¿Deja que te saque la paja de tu ojo, si hay una viga en el tuyo? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y entonces verás claro para sacar la paja del ojo de tu hermano” (Mt 7,1-5).

¿Qué cambios nos invita a hacer en nuestra vida este pasaje bíblico? Mateo incumbe a la parte del Sermón de la montaña en el que Jesús proclama cómo han de ser las actitudes de sus seguidores en contraposición a las de los paganos. Comienza con un principio general que todos tenemos interiorizado: ‘No juzgar para no ser juzgados’. ¡Cuánto nos cuesta evitarlo! Eso de ‘no juzgar’. Porque, seamos sinceros, a veces nos sentimos bien yendo de ‘jueces’ por la vida, sentenciando lo que tienen que hacer los otros.

Ahora bien, juzgar no se refiere tanto a dar una opinión o hacer una valoración del otro, sino a condenarlo, a establecer sobre su persona una sentencia lapidaria, a mirar las debilidades de los hermanos sin actitudes de misericordia, etiquetando y descartando de forma definitiva.

Mateo afirma que quien actúa así, en el juicio escatológico, al final de los tiempos, recibirá como paga su misma moneda, es decir será juzgado de la misma manera que él lo hizo con otros. Hoy se nos enseña cómo el opinar de lo externo que vemos es muy fácil; intentar ponernos en la piel del hermano, no lo es tanto. Sólo nuestra cercanía,

solidaridad y cariño, podrán ayudar al hermano si es que está equivocado. Nuestra murmuración, crítica destructiva y mirada superficial sobre él o ella, lo exteriorices o no, te alejarán y levantarán un muro entre ambos corazones.

Juzgar nos derrota y lo vemos en este pasaje que Mateo presenta esencialmente a Jesús que quiere convencernos de que no juzguemos: Un mandamiento que repite muchas veces. En efecto, juzgar a los demás nos lleva a la hipocresía. Y Jesús define precisamente 'hipócritas' a quienes se ponen a juzgar. Porque la persona que juzga se equivoca, se confunde y se convierte en una persona derrotada.

El que juzga, se convierte en un derrotado y no puede no terminar mal, porque la misma medida se usará para juzgarle a él, como dice Jesús en el Evangelio. Por lo tanto, el juez soberbio y suficiente que se equivoca de lugar, porque toma el lugar de Dios, apuesta por una derrota. ¿Cuál es la derrota? La de ser juzgado con la misma medida con la que él juzga. Porque el único que juzga es Dios y aquellos a quienes Dios les da el poder de hacerlo. Los demás no tienen derecho de juzgar: Por eso hay confusión, por eso existe la derrota.

También la derrota va más allá, porque quien juzga acusa siempre. En el juicio contra los demás -el ejemplo que pone el Señor es la pajilla en tu ojo- siempre hay una acusación. Exactamente lo opuesto de lo que Jesús hace ante el Padre. En efecto, Jesús jamás acusa, sino que, al contrario, defiende. Él es el primer Paráclito. Después nos envía al segundo, que es el Espíritu. Jesús es el defensor: Está ante el Padre para defendernos de las acusaciones.

Pero si existe un defensor, hay también un acusador. En la Biblia el acusador se llama demonio, satanás. Jesús juzgará al final de los tiempos, pero en el ínterin intercede, defiende. Juan, lo dice muy bien en su Evangelio: No pequéis, por favor, pero si alguno peca, piense que tenemos a uno que abogue ante el Padre.

a. A través de las ventanas

Como enuncia el novelista, dramaturgo y letrista brasileño, Paulo Coelho:

“¿Cómo juzgar en un mundo donde se intenta sobrevivir a cualquier precio, a aquellas personas que deciden sucumbir? Nadie puede juzgar. Sólo uno sabe la dimensión de su propio sufrimiento, o de la ausencia total de sentido de su vida”.

Nunca podemos juzgar la vida de los demás, porque cada uno sabe de su propio dolor y de su propia renuncia. Asimismo, si queremos seguir el camino de Jesús, más que acusadores debemos ser defensores de los demás ante el Padre. De aquí la invitación a defender a quien sufre algo malo: Sin pensarlo demasiado, aconsejó, ve a rezar y defiéndelo delante del Padre, como hace Jesús. Ruega por él.

No juzgue nada por su aspecto, sino por la evidencia. No hay mejor regla. Pero, sobre todo, no juzgues, porque si lo haces, cuando tú hagas algo malo, serás juzgado. Es una verdad, que aludió, que es bueno recordar en la vida de cada día, cuando nos vienen las ganas de juzgar a los demás, de criticar a los demás, que es una forma de juzgar.

Uno de los más grandes errores es juzgar a los políticos y sus programas por sus intenciones, en vez que por sus resultados. Quien juzga se equivoca de lugar, se confunde y se convierte en un derrotado. Y obrando así no imita a Jesús, que siempre defiende ante el Padre: Es un abogado defensor. Quien juzga, más bien, es un imitador del príncipe de este mundo, que va siempre detrás de las personas para acusarlas ante el Padre.

Los vencedores siempre serán los jueces, y los derrotados los acusados. Es una equivocación garrafal el sentar teorías antes de disponer de todos los elementos de juicio, porque así es como éste se tuerce

en un determinado sentido. Porque cuando más se juzga, menos se ama. Por ejemplo, Cuando estamos ante una ventana a través de la cual podemos ver paisajes inolvidables, nos agrada contemplar todo lo que podemos ver con claridad. Pero en el momento en que vemos una pequeña mancha en la ventana, encontramos gran dificultad para ver con gusto todos los paisajes que se nos presentan. Nuestra atención se centra sobre esta pequeña mancha. Es molesto. Es fastidioso.

Mala y engañosa ciencia, es juzgar por las apariencias. Esta ventana, aunque esté sucia, rallada u opaca, no deja de presentarnos las maravillas de los paisajes por el mero hecho de ser una ventana. Por eso cada persona, por muchos defectos que tenga, nos muestra la grandeza de Dios, pues, a través de todo hombre, si sabemos ver por encima de la suciedad, las ralladuras y la opacidad, podemos contemplar a todo un Dios que se nos muestra en él.

Dios nos pide no juzgar y tratar de verle a través de cada ventana que encontremos en nuestra vida. Nos invita a no quedarnos en los defectos que encontremos, sino que sepamos ver más allá; aun cuando esté bastante obscurecida, pues siempre habrá al menos un rayo de luz que atraviese esa ventana. Por tanto, tú que juzgas a otros, no tienes excusa, no importa quién seas, pues al juzgar a otros te condenas a ti mismo, porque haces las mismas cosas que hacen ellos. Todos sabemos que el juicio de Dios contra los que practican tales cosas se ciñe a la verdad.

La realidad es un espejo, pues, paradójicamente, las personas que cometemos más errores somos al mismo tiempo los más duros e inflexibles. Y resulta evidente cuando un corazón no tiene paz y amor dentro; está dividido y no puede sino proyectar toda esa frustración y amargura hacia los demás.

Muy diverso es el testimonio de los mártires y las personas que se han distinguido en la virtud. Siempre son ejemplos de beneficencia y caridad. Por ello, la clave de la santidad no está en muchos propósitos

y reglas de perfección sino en amar. No cansarse de amar. Amar de día y de noche. Amar con el corazón y con el pensamiento. Amar a todos en y desde Dios.

b. Mandato de no juzgar

Juzgar a los demás es una pérdida de tiempo y espacio. Mateo que nos trae en esta ocasión el mandato de no juzgar, mandato que choca fuertemente con la práctica muy común, por parte nuestra, de juzgar a los demás y, a veces, sin misericordia; esto es mucho más complicado si recordamos que la justicia de Dios se basa, total y absolutamente, en su infinita misericordia.

Juzgar a alguien es decir que tengo derecho a definir quiénes son, versículos entendiendo que Dios me ha otorgado el privilegio inestimable de descubrir quiénes son. Ciertamente, en nuestra vida cotidiana solemos emitir juicios sobre otras personas, incluso, a veces, es necesario que lo hagamos por nuestra condición de padres, hijos, jefes, profesores, amigos y hermanos.

La solución a este dilema está en los v. 3 al 5, en la colorida y exagerada comparación que hace Jesús entre una viga (de madera) y la paja (astillita); es decir, no puedo ver bien para sacar la paja del ojo de mi hermano, si tengo una viga en mi ojo; o sea, debo juzgarme a mí mismo, mirarme a mí mismo para ser más humilde al momento de emitir un juicio sobre mi hermano; esto es necesario porque nuestro juicio jamás será certero como el de Dios; por eso, hay que aprender a ser misericordioso como es Dios, porque el criterio que yo use para juzgar a los demás es el que usará Dios para conmigo (v.2).

Jesús no nos prohíbe corregir, siempre y cuando actuemos con un corazón amante y sencillo que busca ayudar a los demás. La corrección fraterna es una obra de misericordia. Ninguno de nosotros se ve bien a sí mismo, nadie ve bien sus faltas. Por eso, es un acto de amor, para complementarnos unos a otros, para ayudarnos a vernos mejor, a corregirnos. Precisamente, una de las funciones de la colegialidad

es la de ayudarnos, también en el sentido del imperativo anterior, a conocer las lagunas que nosotros mismos no queremos ver -ab occultis meis munda me, dice el Salmo, a ayudarnos a abrirnos y a ver estas cosas.

¿Por qué juzgar cuando es solo una cuestión de percepción? No juzguen a otros, y Dios no los juzgará a ustedes. Naturalmente, esta gran obra de misericordia, ayudarnos unos a otros para que cada uno pueda recuperar realmente su integridad, para que vuelva a funcionar como instrumento de Dios, exige mucha humildad y mucho amor. Sólo si viene de un corazón humilde, que no se pone por encima del otro, que no se cree mejor que el otro, sino sólo humilde instrumento para ayudarse recíprocamente. Sólo si se siente esta profunda y verdadera humildad, si se siente que estas palabras vienen del amor común, del afecto colegial en el que queremos juntos servir a Dios, podemos ayudarnos en este sentido con un gran acto de amor.

El hombre de verdadera compasión sirve sin juicio. Nunca juzgues a un corazón por sus cicatrices, pues, para estar de acuerdo con lo que el Evangelio nos quiere transmitir, tenemos que revisar nuestro interior y ver qué es lo que no nos ayuda y sacarlo de nosotros. Dios nos permite que corriamos a nuestros hermanos y que les dejemos algo bueno de lo que Dios nos dice por medio de su palabra.

Juzgar a una persona no define quién es. Define quién eres.

Jesús no nos prohíbe corregir, siempre y cuando actuemos con un corazón amante y sencillo que busca ayudar a los demás. Corregir se convierte en una obra de misericordia, cuando el otro entiende por nuestros gestos y palabras, que le hacemos la observación por su propio bien, y no por demostrarle nuestra superioridad.

No soy el juez, sabes, Dios no me dijo que fuera a juzgar a todos. Nunca odies a tus enemigos. No te permite juzgarles. No se puede juzgar apresurado a nadie. Muchos se han arruinado por juzgar apresuradamente. No juzguéis, o dicho de una manera más literal: Cesad de

juzgar. Jesús, que sabe muy bien lo que hay en el hombre, nos ordena esto, si queremos vivir en relación con los hermanos la experiencia de la paternidad de Dios, en la que Él mismo nos introduce al enseñarnos la oración filial por excelencia: El Padrenuestro.

Jesús, quiere sacar las conclusiones del tipo de oración que ha enseñado a los suyos, donde se proclamaba la paternidad de Dios-Padre. El 'no juzguéis' está en esta línea y en un tono de exigencia que no es posible negociar, según la visión y propuesta de Jesús. Aquí hay un planteamiento radical, y mucho más en comparación con las tesis del Antiguo Testamento.

Pero la originalidad de la propuesta de Jesús está en su misma raíz: En Dios mismo y en su estilo de ser y de actuar. ¡Ésta es la gran revelación! Y es que Dios se nos presenta y ofrece como Padre, como luz capaz de disipar toda tiniebla y de iluminar toda situación hasta la más terrible. Ésta es la hermosa e inmensa visión que Jesús nos presenta. Desde ahí, especialmente, nace una exigencia radical; también el 'no juzguéis' (v.1). ¡Merece la pena abrirme a la propuesta de Jesús!

Tiene mucho de liberación, de romper estructuras que condenan y encadenan, dejándonos encerrados en nosotros mismos y en nuestros pequeños o grandes infiernos personales. Estilo nuevo de ser y de vivir, desde la clave de la fraternidad, porque tenemos un Padre común. ¡Es la gran invitación y la sugerente propuesta, hermano!

Una vez más, hay que insistir en que las tres grandes preocupaciones de Jesús fueron la salud de los humanos, la comida compartida entre las personas y las buenas relaciones humanas. Para la tercera de estas tres grandes preocupaciones, en torno a las cuales giró toda la vida y el ministerio, que Jesús nos dejó en el Evangelio, el tema del juicio es enteramente capital. De sobra sabemos que una de las cosas que más nos duelen en la vida es que nos juzguen mal, que piensen mal de nosotros, que nos rechacen o nos condenen desde prejuicios negativos o despectivos.

Eso es de lo que más nos divide, nos separa, nos enfrenta o nos aleja de los demás, incluso de nuestros familiares más cercanos. Por eso, Jesús corta de raíz en todo cuanto se refiere a este peligroso asunto, que destroza nuestras relaciones de unos con otros. “No juzguen y no serán juzgados. Con la medida con que midan se les medirá” (v.3). ¿Qué nos viene a decir todo esto? Nos dice, ante todo, que lo que más daña nuestras relaciones con los demás es el juicio tajante y negativo que tantas veces hacemos de los otros. ¿Hay solución para esto? Lo único que nos puede salvar del juicio de perdición es el perdón. En la medida en que tengamos grandeza de ánimo para perdonar, en esa misma medida encontraremos el perdón que nos devuelve la paz, la unidad y, sobre todo, la humanidad que supera y vence la brutalidad del odio y el rechazo.

1. Juzgar es lo que nos derrota

Cada vez que nos acercamos a las personas esperamos atención y comprensión, dando por hecho que seremos tratados con delicadeza y respeto. Pero, ¿cuántas veces procuramos tratar a los demás de la misma forma? No juzgues a las personas hasta que no seas capaz de meterte en su piel. Dedícales un poco de atención. Solo en la medida que hemos llegado a conocer nuestro dolor personal, solo en la medida en la que nos hemos relacionado con el dolor, somos lo suficientemente intrépidos, lo suficientemente valientes y lo suficientemente guerreros para estar dispuestos a sentir el dolor de los demás. A veces escuchamos estas palabras:

“

No voy a dejar de hablarle sólo porque no me esté escuchando. Me gusta escucharme a mí mismo. Es uno de mis mayores placeres. A menudo mantengo largas conversaciones conmigo mismo, y soy tan inteligente que a veces no entiendo ni una palabra de lo que digo”;
Oscar Wilde, dramaturgo y novelista irlandés.

Pues para vivir la caridad hay que comenzar reconociendo en el otro a alguien digno de consideración, y ponerse en sus circunstancias, ser empático.

La empatía es una habilidad que se construye a lo largo del tiempo y permite al individuo interesarse por la otra persona desde el plano más humano. Está muy relacionada con la inteligencia emocional. Ambas se pueden mejorar igualmente a lo largo de los años y están orientadas a entenderse mejor uno mismo y mejorar su comunicación con el resto del mundo.

¿La gente suele ser empática con los demás? ¿De dónde surge, entonces la empatía? ¿Es un valor muy tenido en cuenta? Existen diferentes ejemplos destacados donde la empatía es la absoluta protagonista. Esto es lo que escuchamos a veces, la empatía es la capacidad que tiene una persona para ponerse en el lugar de otra y entender mejor sus acciones, comportamientos y pensamientos. No se nace siendo empático, sino que es algo que se va desarrollando a lo largo de la vida de una persona.

Decimos que la empatía es un valor muy tenido en cuenta por el departamento de recursos humanos a la hora de seleccionar a los candidatos. En general, y en algunos puestos en particular, es importante tener esta capacidad de ser empático: Sentir con los demás. Por ejemplo, el líder de un equipo de trabajo deberá tenerla para ponerse en el lugar de los demás.

Tanto en la vida personal como en el ámbito laboral, ser empático ayudará a tomar conciencia de los sentimientos de los demás. Se tendrá una mayor capacidad y destreza para entender a las demás personas y responderles de una forma más óptima teniendo en cuenta la asimilación de su situación.

El ser humano es un ser social, vive en comunidad, raramente está solo o aislado por lo cual se relaciona e instintivamente le interesa cómo se sienten los demás. Por naturaleza es un ser empático. De-

bemos reconocer que en medio de nuestras prisas y preocupaciones nos volvemos egoístas y olvidamos que los demás también tienen algo importante que comunicarnos. El valor de la empatía nos ayuda a recuperar el interés por las personas que nos rodean y a consolidar la relación que con cada una de ellas tenemos.

La empatía es el esfuerzo que realizamos para reconocer y comprender los sentimientos y actitudes de las personas, así como las circunstancias que los afectan en un momento determinado.

La realidad es que la empatía no es el producto del buen humor con que despertamos, como tampoco del afecto que nos une a las personas. Si esta combinación fuera común, siempre estaríamos disponibles para escuchar a los demás y dejaríamos momentáneamente nuestras ocupaciones, pensamientos y preocupaciones para atender a quienes nos rodean.

La empatía se facilita en la medida que conocemos a las personas, la relación frecuente nos facilita descubrir los motivos de enojo, alegría o desánimo de nuestros allegados y su consecuente modo de actuar. Esto se manifiesta claramente entre padres e hijos, en las parejas y con los amigos donde la relación es muy estrecha, quienes parecen haber adquirido el 'poder de adivinar' que sucede antes de haber escuchado una palabra, teniendo siempre a la mano la respuesta y el consejo adecuados para la ocasión.

Como valor indispensable en todos los aspectos de nuestra vida, sin él, sería muy difícil enriquecer las relaciones interpersonales; quien se preocupa por vivir este valor, cultiva simultáneamente entre otros: Confianza, amistad, comprensión, generosidad, respeto y comunicación.

a. Mirar con los ojos de otro

A veces hay que mirar con los ojos de otro, escuchar con los ojos de otro y sentir con el corazón del otro. Pues la más básica de las necesidades humanas es entender y ser entendido. La mejor forma

de entender es escuchar. No pregunto a la persona herida cómo se siente. Yo mismo me convierto en la persona herida. Ser tan emocionales nos está segando la razón y ambas partes sin importar su punto de vista termina cometiendo juicios de valor donde todos perdemos.

El fruto no hace que el árbol sea bueno o malo, pero el árbol en sí es lo que determina la naturaleza del fruto. De la misma manera, una persona primero debe ser buena o mala antes de hacer un trabajo bueno o malo. No el fruto de la experiencia, sino la experiencia misma, es el final.

El amor es un fruto en temporada en todo momento, y al alcance de cada mano. Lo que no entiendo es por qué tan a menudo se oye hablar de los frutos del trabajo humano como si todo fuera la creación de alguna raza extranjera. A medida que nuestros cuerpos viven sobre la tierra y encuentran sustento en los frutos que produce, nuestras mentes se alimentan de las mismas verdades que la sustancia inteligible e inmutable que la Palabra divina contiene.

Al mirar con los ojos de otro, donde la competencia profesional, por ejemplo, se evalúa constante e implacablemente y se contabiliza con avaricia los resultados. En donde se busca sólo a personas que encabecen proyectos de éxito. La lógica evangélica es, si cabe, más comprometedora. Porque el ponerse en los zapatos del otro, ayuda a vivir la solidaridad, a ser más tolerantes y comprensivos, y construir fraternidad; porque sabiendo lo que el otro vive, sin sentir envidia, ni comparar ni juzgar; nos ayuda a no hacerle a los demás lo que no queremos que nos hagan.

La vida suele ser como una prenda de vestir, cada persona se amolda a lo que le concierne vivir; no podemos pretender mover las fichas que no nos corresponde jugar y dejar de lado las nuestras, corriendo el riesgo de perder la partida y fracasar, tan solo porque nunca valoramos lo que tuvimos y solo estuvimos pendientes de lo que hacían o dejaban de hacer los demás, para comparar y quejarnos, sentir envidia o renegar.

Ese vivir es un arte y hay que cultivarse. Porque paso a paso, aun con algunos esfuerzos, los objetivos se logran y cumplen, las metas, proyectos y planes. Como todo arte, requiere una destreza que se puede aprender y ejercitar. También requiere empatía con la persona que viene en busca de ayuda. Es decir, requiere comprender aquello que le corresponde y, al mismo tiempo, la trasciende y la orienta hacia un contexto más global.

Para ser un buen discípulo, no basta emplearse a fondo, como lo haríamos al ocupar un cargo de responsabilidad en una empresa actualmente. No basta siquiera ser original, presentar de manera nueva, atrayente o asequible el mensaje, el producto o el servicio. Aun poniendo en juego todas las dotes humanas de que disponemos, hemos de partir de la base que en todo ello sólo somos instrumentos en las manos de Dios.

Dar fruto es comunicar a los demás una experiencia, una fe que hemos recibido como un don. Es darla no como quien comparte algo que tiene en posesión, porque la fe no se posee y es sólo de Dios. Pero Él nos ha concedido comunicar nuestra vivencia, conscientes que Él añadirá la parte que le corresponde. Se requiere dejarse guiar y discernir, y sobre todo humildad y confianza, para estar más pendientes de Dios y de su voluntad, que de nosotros mismos. Nuestras virtudes y capacidades, así como nuestros defectos y limitaciones, son también parte de ese plan de Dios. Por sus 'frutos los reconoceréis', es el llamamiento a colaborar en la obra de Dios si nos prestamos con decisión y humildad.

Recuerden que la semilla más pequeña de la fe es de más valor que el fruto más grande de la felicidad. Sólo es mirar con los ojos del otro. Pues los frutos de todos nuestros trabajos nos han dejado como emprendimos. Crecer por fuera no es crecer por dentro. ¿Poder? Es como una fruta del Mar Muerto. Cuando lo logras, no hay nada allí. Es sentir con los demás: Ser empáticos.

Los buenos pensamientos dan buenos frutos. En cambio, la clase de fruto que el Espíritu Santo produce en nuestra vida es: “Amor, alegría, paz, paciencia, gentileza, bondad, fidelidad” (Ga 5,22). Si quieres cambiar los frutos, primero tendrás que cambiar las raíces. Los grandes talentos son los frutos más hermosos y, a menudo, los más peligrosos del árbol de la humanidad. Cuelgan de las ramitas más delgadas que se desprenden fácilmente. Si desea cambiar lo visible, primero debe cambiar lo invisible. Aprendamos a apreciar que habrá momentos en que los árboles estarán desnudos, y esperemos con ansias el momento en que podamos recoger el fruto.

b El árbol y sus frutos

El pasaje bíblico de Mateo, enmarcado en el Sermón del monte, desenvuelve uno de los argumentos que va desgranando este discurso de Jesús: ‘El árbol y sus frutos’. La nueva Alianza es exigente, supone una Nueva Ley, aún más radical y profundamente humanizadora.

Jesús es el verdadero Profeta, por sus frutos le conocemos, es el que nos ha amado hasta el extremo, el que da su vida por nosotros y nos llama amigos. No basta profesar que creemos en Él, si nuestra vida no es coherente con lo que decimos. “Por sus frutos los reconocerán” (v.20).

Escribamos el pasaje bíblico:

“ *Tengan cuidado de los falsos profetas, que se presentan cubiertos con pieles de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los reconocerán. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos o higos de los cardos? Así, todo árbol bueno produce frutos buenos y todo árbol malo produce frutos malos. Un árbol bueno no puede producir frutos malos, ni un árbol malo, producir frutos buenos. Al árbol que no produce frutos buenos se lo corta y se lo arroja al fuego. Por sus frutos, entonces, ustedes los reconocerán”* (Mt 7,15-20).

Sin duda que los falsos profetas tienen una apariencia mansa e inocente como si fueran corderos, pero su intención es aprovecharse de la comunidad, son lobos rapaces por dentro, su religiosidad es pura apariencia, invocan al Señor, pero no practican su Voluntad, invocan a Jesús, pero viven al margen de toda ley, presentan una espiritualidad descarnada olvidando que a la hora de la verdad la clave será si han puesto en práctica la Voluntad de Dios.

Además, la forma de distinguir a los verdaderos de los falsos profetas no es por el contenido de su doctrina sino por la calidad de sus obras, 'por sus frutos los reconocerán'; en decisiva, no basta con que un profeta se presente como tal ante la comunidad, es necesario que demuestre su calidad de profeta cumpliendo la Voluntad de Dios tal como es presentada en las enseñanzas de Jesús.

Los árboles que tardan en crecer dan el mejor fruto. Desear ser amigos es un trabajo rápido, pero la amistad es una fruta de maduración lenta. Hay una presentación ante nuestra mirada un contraste evangélico, entre los árboles buenos y malos. Las afirmaciones de Jesús al respecto son tan simples que parecen casi simplistas. ¡Y justo es decir que no lo son en absoluto! No lo son, como no lo es la vida real de cada día.

Mateo nos aporta la enseñanza sobre los falsos profetas. Sabemos que en la comunidad cristiana a la que escribe el evangelista había una alta valoración por los profetas verdaderamente fieles, pero también es conocida la presencia de algunos que se hacían pasar por profetas sin serlo, aprovechándose de la estima de la que gozaba este servicio por parte de los discípulos.

Igualmente, logramos decir que nuestra tarea es clara: Cuidar nuestro propio interior, para testimoniar y dar buenos frutos; porque no basta profesar la fe con la boca si no le sigue acciones que la expresan. Por el fruto de nuestra vida se puede deducir nuestra confianza en Dios.

Nunca le hagas a nadie, lo que no te gusta que te hagan a ti y a su vez asumirse estos beneficios de ser empáticos en la vida:

- Comprender y respetar otros puntos de vista durante una discusión o charla.
- Proporcionarle la mejor disposición al otro cuando lo necesite.
- Entristecerse al ver a alguien llorar.
- Ayudar a alguien a que cumpla un determinado objetivo.
- Alegrarse por los logros o alegrías de un ser querido.

Es bueno preguntarnos ¿Mí fe es verdadera o sólo apariencia? ¿Invo-
co al Señor y practico su voluntad? ¿Qué buenos ‘frutos’ demuestran
mi buena calidad de ‘árbol’?

Hablando de los falsos profetas podemos comparar también una lista
de frutos falsos que es bastante variada; he aquí los que encontramos
más a menudo en nuestras mesas.

- **Fresa:** Es un complejo de aquenios, es decir, esas semillas ama-
rillas que se pueden ver en la superficie.
- **Piña:** No es sólo un fruto falso, sino también un fruto compues-
to; su pulpa proviene de pistilos, más que del receptáculo.
- **Melón:** Es una baya derivada del desarrollo del ovario.
- **Manzana:** El verdadero fruto es el núcleo, mientras que la
pulpa restante corresponde al receptáculo.
- **Pera:** Como con la manzana, la fruta corresponde al núcleo,
mientras que la pulpa es el receptáculo.

Y tu fruta falsa favorita ¿cuál es? Tu vida es el fruto de tu propia vida.
No tienes a nadie a quien culpar más que a ti mismo. A la par, una
mesa, una silla, un tazón de fruta y un violín; ¿qué más necesita un
hombre para ser feliz?

En cada bosque, en cada granja, en cada huerto de la tierra, es lo que
hay debajo del suelo lo que crea lo que está por encima del suelo. Es

por eso que poner su atención en los frutos que ya ha cultivado es inútil. No se pueden cambiar los frutos que ya están colgando del árbol. Sin embargo, puedes cambiar las frutas de mañana. Pero para hacerlo, tendrás que cavar bajo el suelo y fortalecer las raíces.

2. Dar frutos buenos

No se entra en la verdad sino con el amor. Pues un árbol no se descompone de la noche a la mañana. Mas bien, la decadencia comienza desde adentro, y toma su tiempo antes de aparecer en el exterior. Por otro lado, el crecimiento de la bondad es evidente. Por mis frutos, otros conocerán el valor de mi ser interior.

La guía que el Señor nos propone para el camino seguro es buscar dar buen fruto. Veamos los frutos de María, nuestra Madre, que viene perpetuamente en nuestro socorro. El fruto de su vientre es el mismo Jesús ¿Qué clase de fruto estoy dando?

Si mi árbol está un poco seco, quizás sea tiempo de echar raíces más profundas y regarlo. Si mi árbol está verde y frondoso, quizás el Señor lo pide un poco para que dé más fruto. Lo que sí tenemos por seguro es que Cristo nos da la lluvia a todos por igual porque, por sus frutos los conoceréis.

No hagas de tu sueño algo perdido: Nunca sabrás lo que vale hasta que lo veas dando frutos en la realidad. Los buenos pensamientos llevan hacia los buenos frutos. Mientras más se hacen asequibles al ser humano los frutos del conocimiento más se distribuye el declive de las creencias religiosas. Lo que hoy seas capaz de sembrar será lo que mañana cosecharás. Tu futuro depende de lo que realices en tu presente. Eres libre de tus actos, pero no de sus consecuencias.

Og Mandino, El vendedor más grande del mundo, expresaba: “Solo con la risa y la felicidad puedo convertirme en un verdadero éxito. Sólo con la risa y la felicidad puedo disfrutar de los frutos de mi trabajo. Si no fuera así, sería mejor que fracasara, porque la felicidad es

el vino que afina el gusto de la comida. Para disfrutar del éxito debo tener felicidad, y la risa será la doncella que me sirve”.

Cree en los poderes de la mente. Interés, atención, voluntad, fe y concentración, ellos te aportarán los frutos deseados. No hay burla más sarcástica en este mundo que decirle a alguien que cultive la felicidad. ¿Qué significa este consejo? La felicidad no es una semilla que pueda plantarse en la tierra y abonarse con estiércol. La felicidad es un resplandor que brilla en lo alto del Cielo, muy lejos de nosotros. Es un rocío divino que el alma, en ciertas mañanas estivales, siente caer sobre sí desde el amaranto en flor y los frutos dorados del Paraíso.

La naturaleza humana, lo mismo que un árbol, no florecerá ni dará frutos si se planta y se vuelve a plantar durante una larga serie de generaciones en el mismo terreno ya cansado. Como dice, Eduardo Galeano: “Según dicen algunas antiguas tradiciones, el árbol de la vida crece al revés. El tronco y las ramas hacia abajo, las raíces hacia arriba. La copa se hunde en la tierra, las raíces miran al cielo. No ofrece sus frutos, sino su origen. No esconde bajo tierra lo más entrañable, lo más vulnerable, sino que lo arriesga a la intemperie: Entrega sus raíces, en carne viva, a los vientos del mundo”. -Son cosas de la vida-, dice el árbol de la vida.

El amor es un fruto que madura en todas las estaciones y que se encuentra al alcance de todas las manos.

El equilibrio, la paz y la alegría son el fruto de una vida exitosa. La palabra frutos se enfocará desde el punto de vista del trabajo y el esfuerzo que produce resultados que llamamos frutos, los resultados positivos que provienen de una inversión y sacrificio. Los enunciados de frutos sirven de reflexión sobre cosechar los frutos que vienen de tu esfuerzo y el enfoque en lograr un objetivo, por sus frutos los reconocerán.

Dar fruto es comunicar a los demás una fe que hemos recibido como un don. El fruto de tu propio trabajo duro es el más dulce. El arte es un fruto que crece en el hombre, como una fruta en una planta, o un niño en el vientre de su madre. El fruto derivado del trabajo es el más dulce de los placeres.

“Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos?” (v. 16). La fruta fina es la flor de los productos básicos. Es la unión más perfecta de lo útil y lo bello que la tierra conoce. Los árboles llenos de follaje suave; florece fresco con la recompensa de la primavera; y, por último, fruta, rica, floreciente, derretida y deliciosa.

Todas las cosas buenas que existen son los frutos de la originalidad. “Una mente sin instrucción no puede dar más fruto que un campo, por fértil que sea, sin cultivo”, Cicerón, jurista, político, filósofo, escritor y orador romano. Vivimos en un mundo frenético en sus comunicaciones, y en buena parte de sus actividades laborales y comerciales. Donde se valora quien produce más y se margina a quien no alcanza los ratings de ventas.

Terminemos este artículo con estas palabras de Agustín de Hipona en su constante lucha interior y dar el paso para cambiar su vida.

Lucha interior

(conf. 8,1-2).

*“Yo estaba descontento de mí mismo
y había empezado a renunciar
a ciertos cargos y ambiciones:
Ni la codicia, ni la fama,
ni el dinero tenían
ya los primeros puestos en mi corazón;
no me deleitaban nada
en comparación de vuestra dulzura
y de la hermosura de tu rostro.*

Señor, lo que me ataba tenazmente
impidiéndome saltar a ti
era la costumbre sensual.
Tus palabras hermosísimas resonaban
invitándome a la castidad más perfecta
pero yo, flaco y frío, escogía la vida más muelle
brujuleando lánguidamente
entre las costumbres y cuidados
de la carne. Yo vacilaba entre certezas y dudas.
Menos mal que tu diestra me levantó
y me puso en una saludable convalecencia
Me costaba rendirme,
Señor: Había hallado ya la margarita
preciosa que debía adquirir a toda costa,
vendiendo y rechazando todo lo que tenía
¡Y dudaba!"

Amén.